

**ACADEMIA MEXICANA  
DE LA HISTORIA  
CORRESPONDIENTE DE LA REAL DE MADRID**



**DISCURSO DE RECEPCIÓN DE:**

**Juan Francisco Molina Solís**

**Sillón: 19**

# La Civilización Maya

DISCURSO DE RECEPCIÓN DEL SEÑOR  
ACADEMICO EL LICENCIADO  
DON JUAN FRANCISCO MOLINA SOLIS

Grata, agradabilísima sorpresa causóme saber que había sido nombrado correspondiente de la Real Academia de la Historia de Madrid, y por lo tanto, miembro de esta distinguida corporación a la cual tengo la muy preciada honra de consagrar este discurso.

Explícase fácilmente mi sorpresa considerando que no había pasado por mi mente que un escritor provincial, no conocido fuera de Yucatán y sus cercanías, pudiese merecer el lauro de la palma académica. Y es que, a mi humilde juicio, la ilustre Asamblea, honra y prez de ambos Continentes, no pensó, al tener la bondad de nombrarme, en méritos de que carezco, sino en la conveniencia de que Yucatán tuviese representación en vuestro seno.

Mi tierra natal ofrece a los cultivadores de la ciencia histórica y arqueológica, campo de abundante cosecha que todavía está esperando el viril e infatigable trabajo de nuevos segadores diestros e inteligentes en la eminentísima tarea de extraer la verdad de los monumentos, mudos testigos de hechos pasados que a la generación moderna interesa adivinar, conocer y explicar, hasta conseguir desentrañar los orígenes de la humanidad en el continente colombiano. Es tanta la riqueza de los monumentos históricos arqueológicos diseminados por todas partes en el extenso territorio de la Península Yucateca, que ni una labor incesante de varias generaciones de investigadores incansables y concienzudos, podrá extraer todo el aurífero tesoro que encierran, para poder determinar los orígenes de la civilización antigua americana.

Yucatán, señores, tiene el glorioso destino de sobrecoger y suspender el ánimo de cuantos con ánimo sereno e imparcial al mismo tiempo que entusiasta y tenaz, se consagran a la ardua labor de escardar y referir sus antigüedades, su arqueología, su historia copiosa en importantísimos hechos que han dejado su indeleble huella en edificios cuyas ruinas todavía ostentan grandes magnificencias.

Ocupado Yucatán desde el año 242 de la era Cristiana por una raza inteligente, activa, laboriosa, perseverante, cual es la raza maya, por todos lados donde ésta asentó sus lares, edificó ciudades de magníficos y grandes

palacios y templos cuyos restos rivalizan con los de los antiguos etruscos, egipcios y aun griegos y romanos, si bien conservando siempre fisonomía peculiar que los distinguen de las obras artísticas de otros pueblos.

Su arquitectura en sus grandes líneas, se distingue perfectamente de la de aquellos antiguos pueblos de tal suerte que no cabe confusión, ni siquiera analogía. La arquitectura maya es original en sus concepciones, en su ejecución y en sus detalles y, desde luego, posee puntos culminantes que la identifican y la distinguen de cualquiera otra, dándole fisonomía característica. Tales puntos son, en términos generales, el arco maya tan diferente del romano, la carencia de puertas en la parte posterior de los edificios, la completa ausencia de ventanas o rejas y la costumbre de edificar sobre reenchimiento de piedra suelta rodeado de gruesas paredes de mampostería sobre el cual se levantan una, dos o tres plataformas de que arrancan las bases de los palacios o templos, porque, en lo general, las estructuras cuyas ruinas son admiración de los sabios créese fundadamente no haber sido destinadas a habitaciones ordinarias de los ciudadanos, que generalmente vivían en casas de madera y de paja análogas a las que todavía se ven usadas por la clase proletaria en la actualidad: parece comprobado que aquellos portentosos edificios de cal y canto que tantísimos esfuerzos habrán costado, debieron ser mansión de los dioses o de la gente principal y poderosa que gobernaba al pueblo de aquella época.

Tales palacios y templos se fabricaban de piedras lisas o cuadradas, toscas en las paredes exteriores, con terso pulimento, o revestidas de estuco de varios colores en el interior, las fachadas ornamentadas de bellas cornisas con molduras, arabescos, grecas, relieves representando bustos de hombres, animales, hojas, flores, todo ricamente esculpido en piedra. A veces, gigantescas serpientes de entrelazadas colas se enroscaban alrededor de todo el edificio, o infinidad de tortugas reflejaban la luz de brillantes maneras jugando con la vista del espectador. En ocasiones también, la ornamentación consistía en hileras ordenadas de pilarcillos, de diversas secciones, redondeados, con pequeño diámetro; o bien en enormes piedras labradas con líneas continuas de jeroglíficos que hasta hoy no se han podido descifrar; mas lo curioso y singular es que la ornamentación regularmente se forma de piedras distintas, cada una de las cuales contiene la parte de un todo, de modo que unidas vienen a determinar la idea o concepción del artista, y en ello existe copiosa variedad porque los relieves ora eran hombres desnudos con zarcillos, ora ídolos, ora bustos de variadas dimensiones y formas o también rostros deformes y horribles, productores de pavorosas impresiones.

El arco maya, de peculiaridad digna de notar, va levantando sus lados reentrantes como si fueran a unirse en la clave, pero en vez de ápice, que cierre el claro, como es la costumbre en el arco romano, se clausuraba, ya con una piedra labrada de gran dimensión o con capas espesas de piedras pequeñas, formando a manera de techo plano o pequeña azotea: en consecuencia, no había ápice, ni clave, ni bóveda y, sin embargo, tales arcos servían de apoyo a gruesas paredes de mampostería y todavía algunas muestras de ellos se yerguen esbeltos en medio de las ruinas de los edificios de los cuales formaban parte. ,

Las puertas, de varias dimensiones, estaban provistas de dinteles de piedra o de madera sosteniendo construcciones sólidas. Entre los dinteles de madera se han encontrado vigas de zapote con diversos adornos y jeroglíficos.

El pavimento varía entre piedra labrada o lisa, u hormigón tan recio como piedra, en cuya composición alguna vez entraba la miel de abeja dándole cierto color amarillento y el brillo y consistencia del mármol. Las piezas interiores estaban divididas por una pared corrida que les daba apariencia de galerías paralelas apenas interrumpidas por una puerta de comunicación.

Los techos eran, o de azotea de cal y canto bruñido, o bien afectaban la forma de arco triangular sin clave, soportado por piedras cortadas al sesgo y cubierto de grandes losas.

En ocasiones, las fachadas se hacían de piedra lisa hasta alcanzar la cornisa que pasa por encima de las puertas, y de la cornisa para arriba se agrupaba espléndida ornamentación de estuco, o de piedra labrada o esculpida.

A las plataformas daban acceso bien forjadas escaleras con pendiente tan perpendicular que hacia harto peligroso tanto el subir como el bajar de los templos y palacios. Ascender por ellos era un acto penoso, y bajar, ejercicio de equilibrio adecuado sólo para hombres vigorosos, diestros y perspicaces.

Maravilla causa pensar en la abundancia de tales construcciones que no eran edificios aislados, abandonados en el desierto, sino pertenecientes a ciudades de numerosas población, cuyos restos se ostentan por todo el territorio de la Península Yucateca, desde las regiones cenagosas del antiguo Zacatán (British Honduras), hasta las áridas planicies de Cehpech (Distrito actual de Mérida) y desde las playas de Zamal (Cabo Catoche), hasta las barrancas de Potonchán (Champton). ¿Cómo pudieron llevarse a cabo, quiénes fueron los grandes maestros de obras, quiénes los artistas y operarios, de qué utensilios se sirvieron? La raza maya era prolífera, de modo que braceros no faltaron; más aún, si se

reflexiona que imperaba en aquel pueblo la calamidad de la esclavitud que ponía la numerosa población a voluntad de los jefes para emplearlos a su antojo en hacer construcciones estupendas. Y en cuanto a utensilios, los sabios arqueólogos se pierden en conjeturas sin poder llegar a una conclusión concorde y evidente.

Y este pueblo, autor de tantas ciudades que hacen soñar a cuantos las contemplan, fue también poseedor de una lengua que los misioneros franciscanos, con inteligente labor, consiguieron sujetar a reglas tan exactas como las que gobiernan los idiomas modernos. Y surgieron gramáticas y diccionarios algunos de los cuales se conservan en las Bibliotecas y Museos del Antiguo y Nuevo Mundo como áureos tesoros y sagradas reliquias del pasado. La benemérita labor no fue escasa en frutos: trece gramáticas y diecisiete diccionarios comprueban el trabajo tenaz y perito de los que en buena hora consagraron su tiempo a la investigación y conocimiento de la lengua maya: por desgracia, casi todos los manuscritos fueron destruidos en el saqueo de la gran biblioteca del Convento de San Francisco de Mérida, el quince de febrero de mil ochocientos veintiuno, y apenas se conservan ejemplares de "El Arte de la Lengua Maya" por Fray Gabriel de San Buenaventura y de "El Arte del Idioma Maya" por Fray Pedro Beltrán de Santa Rosa. Lo propio aconteció con los diccionarios; de ellos subsisten actualmente en manos extranjeras, los originales del diccionario de Ticul maya-español y español-maya, el diccionario de San Francisco y el diccionario de Motul, igualmente ambos: español-maya y maya-español. Este último es notable por más de un título, y especialmente por los ejemplos de construcción maya que contiene, a la moda de los primitivos diccionarios españoles.

Hubo también historiadores mayas después de la conquista española que escribieron interesantes crónicas en su propio idioma y en caracteres hispanos: se conservan todavía más de dieciséis de estas crónicas apellidadas con el nombre del pueblo o ciudad de donde su autor era nativo. Así se conocen las crónicas de Maní, de Calkini, de Chicxulub, de Chumayel, etc.

Existen también ejemplares de libros de jeroglíficos, anteriores a la Conquista española que hasta ahora permanecen indescifrables por no haberse encontrado su clave, no obstante que algunos de los primeros misioneros los entendieron aprendiendo a leerlos y a escribir en caracteres mayas. Infortunadamente nada dejaron escrito sobre el particular que con exactitud y precisión permita explicarlos o interpretarlos y todos los que lo han intentado hasta hoy han fracasado en su laboriosa empresa. De estos libros el Códice Troano fue publicado en dos partes, en mil ochocientos sesenta y nueve y en mil ochocientos ochenta y dos; el Códice Peresiano

existe en la librería nacional de París y el Códice de Dresde fue fotografiado en colores en mil ochocientos ochenta.

En la lengua maya se ven giros de construcciones peculiares y las personas de la conjugación de los verbos cambian más por el pronombre que por terminaciones o inflexiones, sirviendo la misma palabra de nombre y verbo, y aun suele suceder que éste en todo un tiempo no sufra cambio alguno. El adjetivo siempre precede al sustantivo y ni el uno, ni el otro están sujetos a alteración terminal proveniente de género, número o caso.

Posee esta lengua un sistema numeral completo vigesimal y un calendario detallado y minucioso. Su año data del paso del sol por el cenit así corre del dieciséis de julio en adelante contando con dieciocho meses de a veinte días, y semanas de trece días cada una, y no sólo tenían semanas de días sino semanas de años con nombre especial y coronábase la cuenta con un periodo de cuatro semanas de años o sea cincuenta y dos años y con un ciclo de veinte años denominado Katun y un gran ciclo de doscientos sesenta años denominado Ahaukatun "rey de los ciclos".

El pueblo creador de tan magnífica arquitectura, de una lengua onomatopéyica, de un sistema completo de numeración, de un calendario admirable, fue sin embargo encontrado por los españoles en completa decadencia moral debido a dos plagas mortíferas: la deificación de vituperables pasiones vergonzosas y la esclavitud del pueblo en provecho de los poderosos. El cristianismo reaccionó contra este envenenamiento social, especialmente en el primer siglo de la dominación española en que el celo era ferviente y los ideales purísimos en las órdenes religiosas; pudo arrancarles la antropofagia, los sacrificios de víctimas humanas, y las prácticas malsanas y torpes que desaparecieron de la superficie del país como hechos públicos: los hábitos se moralizaron, las costumbres se suavizaron sin que la raza maya hubiese perdido su espíritu belicoso que mostró más tarde en el siglo XIX cuando una parte de los mayas seducidos por poderosos caciques, se rebelaron contra la civilización pretendiendo reivindicar exclusivamente para sí la posesión del territorio yucateco por medio del incendio y del asesinato, sin tomar en cuenta que en trescientos años transcurridos, una nueva raza, joven, vigorosa y tesonera había crecido, se había desarrollado y tenía tanto derecho al suelo en que nació como los descendientes de los primitivos poseedores, y esta raza indo-hispana formada de la mezcla de la sangre maya y de la sangre española, reaccionó con tanto valor, con tanto esfuerzo e intrepidez que pudo conservar la coposesión del suelo patrio arrojando a los rebeldes hasta los bosques más lejanos y desolados en donde casi se han extinguido por la inanición que produce el aislamiento de toda civilización. Décadas enteras de años la raza indo-hispana supo

mantenerse firme con el arma al brazo en defensa del terruño, hasta que el sentimiento de rebeldía y de bárbaro exclusivismo quedó aniquilado.

Ahora la raza maya en confraternidad con la raza hispano-americana, posee y explota el país, lo vivifica con su trabajo y lo hace prosperar. Justo es comprobar que los rebeldes no tuvieron justicia ni razón en su levantamiento, pues la raza maya no fue excluida de los goces y ventajas sociales e intelectuales, y en prueba se puede citar que ha habido profesionales de origen maya luciendo relevantes muestras de talento y de cultura, literatos que han escrito en la lengua de Castilla obras que ocupan lugar distinguido en la literatura de Yucatán; sacerdotes, abogados, médicos, comerciantes, hacendados, que han tratado los negocios sociales con la misma competencia de los de origen hispano. Nada, menos que uno de los jefes prominentes de la insurrección debelada, fue Jacinto Pat, comerciante y hacendado prominente cuya firma en Mérida era tan respetable como la de los más probos negociantes de dicha capital: otros ejemplos se pueden citar en comprobación de nuestro aserto, siendo como es hecho verificado, que la raza maya no tuvo cerradas las puertas del ascenso intelectual; y cuando individuos de ella tuvieron el carácter y talento suficientes, supieron elevarse en la escala social y figurar con distinción en el seno de la sociedad yucateca.

Como he dicho, los monumentos arqueológicos, la lengua, la numeración, el calendario, los jeroglíficos mayas, son materia de urgente estudio, de investigación exquisita, que debe tentar constantemente el alma de los historiadores y arqueólogos supuesto que, a pesar de los grandes trabajos llevados a cabo tanto en nuestro país como en los Estados Unidos de Norte América y en Europa, la materia laborable está todavía en su primera entereza y convida a profundas e incansables diligencias en la tarea laboriosa de conocer y revelar al mundo sabio, los orígenes de la civilización indígena en México.

He aquí por qué, todos reciben con alborozo entre los fines de la Academia Mexicana de la Historia, la conservación y estudio de los monumentos nacionales mexicanos. Esta será una fuerza nueva, un recurso de notoria conveniencia y utilidad que podrá aprovechar el supremo gobierno nacional, en la inteligente restauración de las ruinas, de los grandes edificios de la antigüedad indígena, que día a día se desgajan, se carcomen, se destruyen, ya por la acción del tiempo, ya por la intemperie, por el descuido o por las malas artes de los que, sin razón, se apoderan de lo que a la Nación pertenece.

Doy punto a mi discurso rindiendo un voto de viva y sincera gratitud a esta respetable y culta Asamblea ante quien tengo la honra de hablar y a la Real Academia de la Historia de Madrid que tanta gloria ha

dado a nuestra raza, por haberse dignado conferirme el nombramiento de miembro correspondiente.

Reciban, pues, ambas ilustres y elevadas instituciones, mis expresiones de reconocimiento y la manifestación de mis deseos de cooperar con todo ardor a los fines tan levantados y nobles que persiguen en el ameno campo de la investigación histórica y arqueológica.